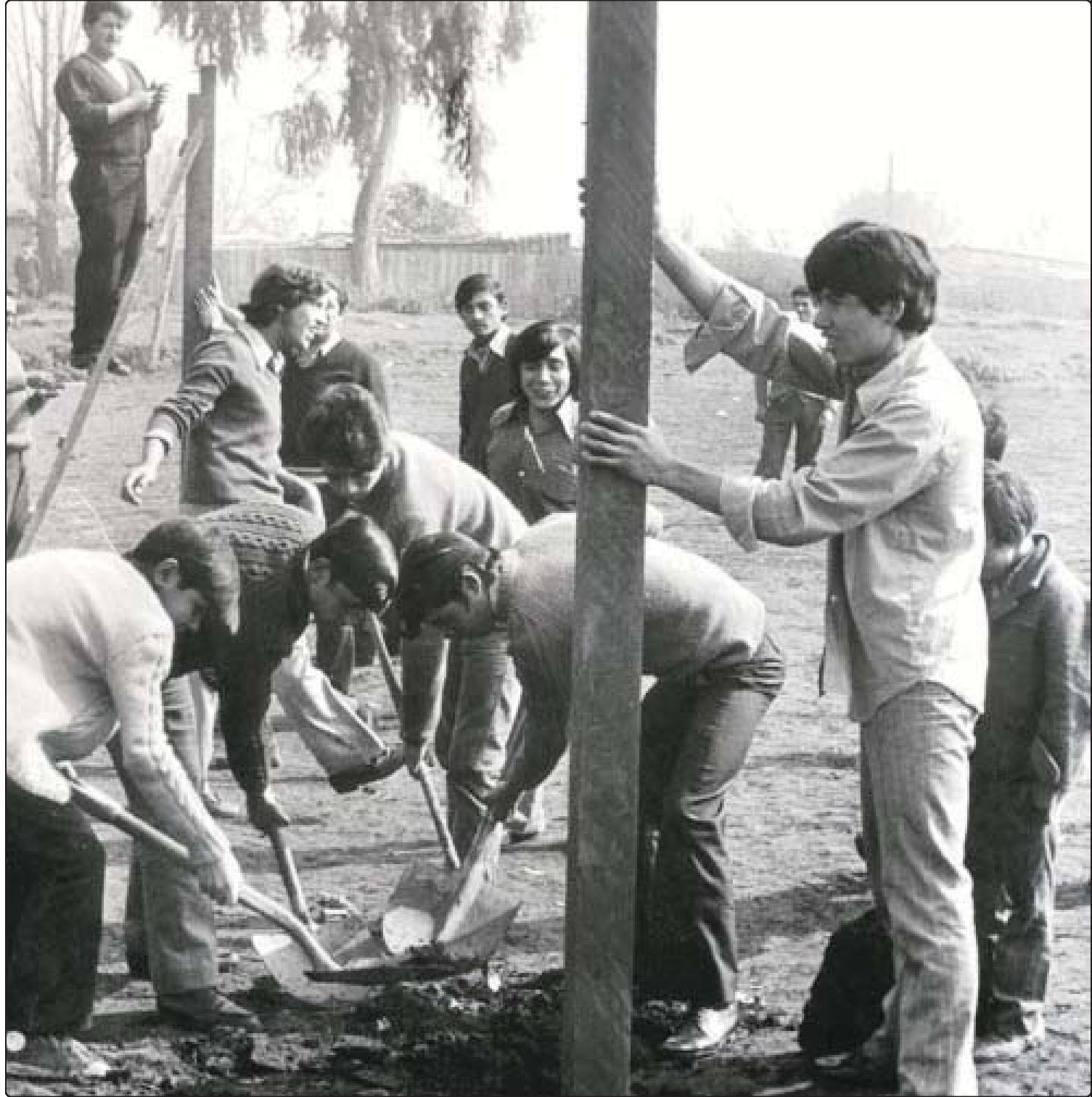


VI Seminario sobre
Patrimonio Cultural

INSTANTANEAS LOCALES





segundo día

VI Seminario sobre Patrimonio Cultural

INSTANTANEAS LOCALES

21, 22 y 23 de octubre de 2004

IDENTIDAD, MEMORIA Y PATRIMONIO

IDENTIDAD, MEMORIA Y PATRIMONIO

JOSÉ BENGOA

Licenciado en Filosofía con post grado en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, mención Antropología y Desarrollo Rural. Sus principales campos de trabajo han sido la Antropología Rural, la etnografía de los indígenas chilenos y latinoamericanos, la etnohistoria y las teorías de la cultura. Ha publicado numerosos libros, entre ellos “Historia del Pueblo Mapuche” (1983), “Historia de un conflicto. Los mapuches y el Estado chileno durante el siglo veinte” (1999) y “La emergencia indígena en América latina” (2000). Es docente de la carrera de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Agradezco a Clara Budnik; a Gloria Elgueta y a los que organizaron este seminario y me pidieron que reflexionara sobre estos temas. Desde hace ya unos cinco años, dirijo un proyecto sobre identidades en Chile y la construcción de la diversidad, denominado IDENTIDAD E IDENTIDADES. Imagino que esa es la razón por la cual me han pedido que reflexione sobre la identidad, la memoria y el patrimonio.

La pregunta se la han formulado seguramente muchas veces quienes visitan un museo o acceden a una biblioteca. Me imagino que quienes trabajan organizando el llamado patrimonio nacional, local, regional, de un grupo, de una etnia, o incluso de un club deportivo, se preguntan también: ¿por qué se apilan en estos estantes estos objetos y no otros? ¿Por qué se declara un edificio monumento y no el de al lado? Esto tiene que ver con lo que podríamos llamar el tema de la instalación de la cultura. Ésta, como toda reflexión, puede sonar relativamente ingenua, pero creo que la ingenuidad

siempre es una base del conocimiento, sobre todo en el medio en que trabajan muchos de ustedes, en la conservación del patrimonio cultural del país. Son los guardianes de la leyenda, los dueños de la memoria, los clasificadores quienes, de alguna manera, deciden cuáles asuntos, cuáles bienes, cuáles paisajes, cuáles rumores, qué olores, qué sentidos, son y deben ser declarados de todos y preservados.

En este sentido, quizás adelantando –no sé si una definición–, pero sí una descripción, patrimonio tiene que ver con la cultura instalada, con la cultura reconocida y, por lo tanto, valorada como bien colectivo. Cuando me solicitaron hablar de identidad, memoria y patrimonio, no pude menos que pensar en estas observaciones. Recordé un comentario que escuché cuando llevé a unos amigos franceses a la casa de Neruda en Isla Negra. Ellos se emocionaron frente a las botellas vacías de Anís del Mono. Algunos de ustedes, seguramente, las han visto. Íbamos saliendo de la casa en un grupo, y una persona dijo: "*Aquí hay sólo cosas sin valor*". Nos dimos vuelta, sorprendidos, claro, porque comercialmente es cierto, la botella de Anís del Mono no tiene ningún valor. En la casa de Neruda no hay cuadros de grandes firmas, ni jarrones de las dinastías chinas, valoradas por los anticuarios. En cambio hay frascos, piedras de río, chucherías, pero todas ellas

adquieren un brillo, un ropaje –como el de la Cenicienta– producto de la varita mágica del hada madrina. Ese brillo que surge a la luz de la palabra del poeta; porque yo diría que la palabra es en todos estos casos de los que vamos a hablar, esa vara mágica. El filósofo francés Gastón Bachelard llegó a decir que los nenúfares de los estanques de la isla de Francia nunca lucieron más tersos y hermosos que después de haber sido pintados por Manet. Es una exageración hermosa. Hasta las flores se pusieron más lindas y crecieron con mayor hermosura al ser vistas y relatadas, al ser pintadas. Porque la pintura también es palabra. Porque el ver, el observar –sobre todo el ver– es siempre un recuerdo; es siempre un espejo, una rememoración de la palabra, es siempre una interpretación.

Cuando hago clases sobre estos temas trato de explicar de manera sencilla a los estudiantes que la memoria es como una bodega o una despensa. Una de esas antiguas buhardillas que hoy día ya no existen, de las casas de las abuelas, con muebles desvencijados, baúles llenos de viejos vestidos, cabezas de muñecas sin sus cuerpos; un caballo de palo arriba de un balancín en que un tío abuelo aparece en una foto de color amarillo y así, muchos cachivaches que nunca van a dejar el desván, y otros que tomaremos con cuidado, les sacudiremos el polvo y los pondremos como recuerdo

valorado en el centro del salón de la casa. Cuando nos pregunten por qué está allí, por ejemplo, un gramófono del año de Maricastaña, les diremos a nuestros amigos que era la vitrola del abuelo y que la trajo entre sus bártulos cuando venía arrancando de una Europa embravecida y que esa vitrola venía junto a unos discos de Caruso. A cada palabra de recuerdo, la vitrola va adquiriendo un sentido, ese artefacto instalado en medio del salón, invadido por la memoria., ante el cual las tías viejas se secan una lágrima y el adolescente, que nunca escuchó ni siquiera el nombre ni el sonido del gran Caruso, siente una cierta corriente eléctrica que lo une con algo que podríamos llamar pertenencia, historia, pasado y también sentido. Porque, de lo que no cabe duda es que no hay sentido sin texto, los objetos inanimados sólo se entusiasman y adquieren vida si son tocados por la palabra. Los post modernos y toda la literatura actual, le llaman a esto relato, texto, discurso. Ya Heidegger dijo que el lenguaje es la casa del ser.

A propósito, quisiera recordar el cuento que nos contó Clara Budnik sobre el muchacho que andaba preguntando “qué es la memoria”. Las respuestas eran variadas: “algo tibio” –decía uno– porque sin duda es un asunto que invita al aprecio cariñoso; “algo que te hace llorar”, le dijo otro. Ahí, subrepticamente, el autor cambió memoria por nostalgia. Después se dice que es

“algo que te hace reír”. Interesante, ¿por qué la memoria te va a hacer reír? Yo creo que ahí también hay un pequeño salto, un cambio que transforma la memoria en la anécdota, que es muy típica cuando un grupo empieza a acordarse de una vivencia. “Algo precioso como el oro”, dijo otro, seguramente ahí está la relación de quien pierde la memoria.

Ahora, en ese cuento nadie dijo –porque era un cuento bonito el que nos trajo Clara–, nadie dijo que hay otra dimensión, que la memoria también puede ser trauma, pesadilla, fuente de odios, de dolores, de frustración, de lo que pudo haber sido y no fue, derrumbe, pérdida. Por eso me parece interesante esta distinción entre memoria e historia, porque la memoria es una combinación selectiva entre recuerdo y olvido. Hay cosas y asuntos que se dejan en el desván, en la buhardilla, y hay otros que se recuperan. Si llegáramos, en un acto de locura, a bajar todos los cachivaches de la buhardilla –en el ejemplo que estoy poniendo– la sala del primer piso se transformaría en un lugar invisible, lleno de objetos sin sentido, muebles desvencijados, polvo imposible de quitar, fragmentos rotos de un pasado que ya no tiene capacidad de recomponerse. A esto se le conoce en la literatura como la *hipernesia*: un recuerdo desordenado de todo, sin clasificación, sin relato, sin

orden ni sentido, lo cual, para cualquiera que sabe un poco de siquiatría, es tan brutal como la amnesia: el silencio del pasado, el trauma, la incapacidad de recordar. Ambas son enfermedades.

La memoria es también olvido, es ambas cosas, una combinación de recuerdo y de olvido. Es por eso que es importante hacer esta distinción entre memoria e historia y, por lo tanto, con la identidad, que es el correlato, porque siempre la selección de la memoria es una interpretación, un escoger. Y por ello es un texto, un discurso sobre nosotros mismos y sobre el grupo.

Sobre esto es lo que quiero hablar con un poco más de detalle. Quisiera afirmar que en el mundo actual, tan intercomunicado, lo que se llama generalmente "globalizado", se exige cada vez más un nivel alto de lo que podríamos llamar expresividad de los discursos identitarios. Me atrevería a decir que ya no basta con las reglas prescritas de una sociedad que no se pensaba demasiado a sí misma, porque nadie se lo preguntaba en forma exigente. Hoy, en medio de tantos discursos entrecruzados, entre símbolos universalizados, estandarización, marcas, gustos, quizá por la mundialización, las localidades, todos los espacios de la significación, requieren de un grado mayor de textualidad.

Creo que hay tres niveles para empezar a entender esta textualidad. Un grado profundo e irreflexible de las identidades que se expresan en el cotidiano, en el lenguaje de las formas básicas; lo que podía llamarse un protodiscurso identitario. Es el discurso que es vivido por las personas pero que no es fácil de expresar en algo muy particular. A cada pregunta siempre se deshace en alusiones, en ideas generales, que no son capaces de aprender eso que sentimos, que es evidente. Sin embargo, eso lleva a que las personas se encuentren, se entiendan y se amen. Por eso cuando se les pregunta a los chilenos qué es lo que más les hace sentir, sobre todo los chilenos que están fuera, los exiliados, normalmente hablan de los paisajes, y recurren a recuerdos. Hay una cosa que es recurrente y bastante insólita –créanme que lo hemos estudiado–, que es el olor a la sopaipilla, los días de lluvia que son muy comunes en el sur y ese olor a fritura que hay en el aire. Tiene que haber una estructura fundante que hace que muchas de las personas que aquí están, compartamos sentimientos muy profundos, esos olores depositados en lo profundo de la memoria. Carmen Lazo fue una famosa diputada que estuvo en el exilio en Venezuela, decía: "nunca habíamos comido tanta empanada como cuando estábamos en el exilio".

Este protodiscurso identitario es lo que algunos han

llamado la cultura popular, que es el cúmulo de depósitos que subterráneamente se han ido estableciendo en la memoria, ese desván sin ordenar. Quienes le dan ciertos órdenes a eso, son generalmente los poetas.

Hace años fui al cerro Santa Lucía, a la carpa del Gran Teatro del Mundo a ver **La negra Ester** (recordemos que se trata de una obra de teatro escrita por Roberto Parra, hermano de Violeta Parra y miembro de una familia insólita que tenemos en este país). La obra trata de los amores imposibles en un prostíbulo del puerto de San Antonio. Me atrevo a afirmar que ninguno de los que estaban presentes esa tarde en el cerro Santa Lucía, mirando esa obra, había estado nunca en una casa de putas del puerto de San Antonio. Sin embargo, yo los observaba a ellos, todos emocionados, cuando se cantaba: “La mar estaba serena...”, ¿se acuerdan? A todos se nos ponían los pelos de punta con esa canción, que seguramente todos hemos cantado de manera irreflexiva, estúpida en cualquier viaje de curso. “La mar estaba serena...”, “Lo mor ostobo sorono...” se va cantando de esa manera... Eso es lo que trato de llamar aquí el protodiscurso de identidad, la protoidentidad, el desván que se va a organizar. Pero cada vez –y en eso quiero ser insistente– que alguien dice: “nuestra identidad es la mar estaba serena, eso no es aprehensible, se puede aludir a ella, se puede hacer una evocación, pero

no se puede restringir a ese ámbito. Nadie se definiría en Chile por la cueca, por la cordillera, no se puede definir, no es un ámbito de definición.

Hay un segundo nivel en las sociedades, tanto en los lugares pequeños, como en los medianos y los grandes, como las naciones, que podemos llamar el discurso de la identidad, que es el texto ritualizado acerca de lo que se ha sido, acerca de la moralidad, sobre todo acerca de la fundaciones. Suele ser un discurso mítico y ritual, sobre temas como la patria, y voy a tocar específicamente esto, dado que siempre se habla de patrimonio nacional. La patria es el objeto predilecto de esos discursos que se refieren a nuestros fundadores, antepasados, próceres... Como decía la Mafalda, con su ingenuidad perversa, leyendo sobre el siglo XIX. “¿Por qué todos los próceres se apiñaron en el siglo XIX?”. Eso es fantástico, nos vendría bien un San Martín, hoy día no tenemos próceres, el prócer cargado de virtudes, de casacas, de documentos que se guardan como piezas sagradas en los museos de la patria. Se repiten ritualmente sus dichos, en las efemérides en que se trata de recordar el presente que apenas nos une, con hilos cada vez más deshilachados. La actual modernidad (post modernidad según algunos) erosiona esta palabra. Este es un concepto que pertenece a Norbert Lechner, él habla de la erosión –de la erosión

cultural– que desgasta brutalmente estos discursos míticos de la identidad. Yo creo que en este punto es donde existe, en nuestro país por lo menos, el ámbito mayor de erosión. Los niños en las escuelas son llevados a los museos a ver el carruaje en que supuestamente viajaba La Quintrala, o el corsé que apretaba la espalda de doña Javiera Carrera; objetos que miran con cara de sorpresa y aburrimiento; o desfilan rutinariamente al son de bandas militares, el 21 de mayo. Yo soy de Valparaíso, nos llevaban todos los 21 de mayo a desfilan con pantalón blanco, cada año se toca la campana de La Esmeralda y se repite la famosa y comprensible frase del héroe: ¿Ha almorzado la gente? Yo de niño escuchaba esto y me dolía la guata de hambre, a eso de las doce del día... Está lleno de esas cosas en los ritos: “El que sea valiente que me siga”; “Al abordaje muchachos...” Yo diría que la actual vida moderna ha erosionado el valor de estos discursos ritualizados. Hay memorias distintas, selecciones diversas de estos desvanes de recuerdos, generalmente éstas no afectan –vuelvo a insistir– a esta protoidentidad, pero la hacen insuficiente. Nos pertenecen a todos, pero son inexpresables. Como ya lo he dicho, esto lo expresan los poetas, los artistas, los músicos, que hurguean en estos desvanes. Sin embargo, este segundo nivel exige obviamente democratización, exige la entrada de otros personajes. Este segundo nivel de discurso está dado,

fundamentalmente, en torno a la capacidad de monopolio del poder, sobre la patria, sobre la noción colectiva, que tiene un sector social, y por lo tanto es un discurso que va siendo erosionado por fuera y por dentro.

Y aquí entramos en un tercer nivel, que podríamos denominar una "meta-identidad", o un meta-discurso. Aquí se trata de la elaboración de un texto de un nivel mayor de conciencia y expresividad, que reúna con mayor autoconciencia y con mayor claridad a las diversas memorias, que las asuma y las transforme en propuesta.

Por definición, la metaidentidad –el metadiscurso– es hacia los otros. Y aquí sí que hay una distinción muy grande frente a los anteriores niveles mencionados. Es una acción de performance, de representación. Se trata nada más y nada menos que de la representación de la cultura, o sea –y aquí vuelvo a la definición de patrimonio– que surge cuando hay contacto con otras personas y, sobre todo, cuando llega un extranjero que pregunta: "¿Y ustedes quiénes son?". En la antropología hay toda una corriente que elaboró la cultura del performance estudiando los cambios ocurridos en las islas del Pacífico con el turismo. Ese es el origen de esta teoría, y es muy interesante. Desde el punto de vista cultural, físico, geográfico, la gente vivía en estas islas de acuerdo a las reglas prescritas existentes. Desde muy antiguo, los

polinesios tenían relaciones con otras culturas, pero se trata de relaciones totalmente distintas a la masiva llegada de un Boeing 747 cargado de turistas con cámaras fotográficas y con un estereotipo gigantesco en la cabeza, buscando el paraíso. Llegaban, entonces, las niñas bailando, las palmeras y entonces empieza a surgir una pregunta: "¿Y ustedes, son los ángeles del paraíso? Y tiene que haber una respuesta. Es notable como empieza a darse una respuesta a esa pregunta. Esa respuesta es una representación. Para los que les interese esto, hay una fiesta en Isla de Pascua que se llama la *atapati*. Debe ser una de las fiestas más hermosas que hay en Chile. Un alumno mío acaba de hacer una tesis sobre esta fiesta sobre la base del concepto de representación. La historia del *atapati* es maravillosa, porque es una historia en la cual, en los años más oscuros de nuestra patria, se comenzó a hacer la "Semana de Isla de Pascua", con elección de reina, igual como la Semana de la Guinda y la Semana de la Sandía, que se dan en todas partes de Chile. Esta fiesta en particular se empezó a "rapanuizar" y los rapanui empezaron a vestir de rapanui y se empezó a hacer una performance para el turismo, pero hoy la gente piensa que es absolutamente para ellos, porque esto de cómo te miran, yo me veo, como dicen que tú eres, yo soy, como dicen que te comportas me comporto. Así, el turista que llega con una cámara fotográfica y quiere ver ciertas cosas, va a encontrarlas

porque si no, no hay turismo, no hay relación, no existe posibilidad de comunicación. A esto me refiero con la cultura representada, que surge cuando existe el contacto, allí es insuficiente el protodiscurso de la sopaipilla; yo no puedo decirle a un japonés: "mire, lo que pasa es que a nosotros los chilenos nos gustan las sopaipillas". El japonés se vuelve inmediatamente, y no gasta un yen, porque no entiende, no es capaz de que estos colores primarios aprendidos en la cuna se transformen para él en comunicación. Por el contrario, se transforman en incomunicación, se cierran sobre sí mismos, incapaces de expresarse en un texto, identidad mítica ritualizada, que aparece crecientemente como algo localmente ingenuo, sólo creíble por los ingenuos niños que son obligados por sus ingenuas profesoras a visitar el museo; sólo creíble por los habitantes patriotas del lugar. Es como llevar a un profesor francés de literatura, al mismo profesor que llevé a la casa de Neruda en Isla Negra –seriamente, sin posmodernismo, sin ironía– a mirar el tricornio de Bernardo O´Higgins. Ese objeto no va a tener mayor interés para el profesor de literatura, a menos que haga de eso un juego de ironías.

Las sociedades actuales requieren, por lo tanto, crecientemente un metadiscurso mucho más lleno de sutilezas, de nostalgias, de recuerdos y de racionalidad. No es más ni menos que un discurso de futuro, de

sentido, de caminos de acción. La meta, identidad es lo que nosotros quisiéramos ser, y por ello ponemos orden en el arsenal de los recuerdos, en función de esa voluntad.

Fui hace un mes con un grupo de mis alumnos a la hacienda El Huique, en Colchagua, que es monumento nacional, quizás uno de los museos vivos más importantes que hay en Chile, un museo impresionante, una gran casa hacienda, una de las más grandes que había, propiedad de la familia Errázuriz y Echeñique. Dos presidentes de la república habitaron el lugar; grandes patios, salones realmente hermosos; recuerdos de los viajes a Europa. Un relato respecto de la herencia aristocrática vasca. La señora Echeñique Errázuriz hace un comedor donostiarra. Es un caso notable, además, porque el museo lo cuidan los descendientes directos de los mayordomos de la casa; y la persona que hace de guía es por lo menos una nieta del mayordomo que está en el cuadro en el comedor. El museo pertenece hoy día al Ejército, fue entregado por la familia, lo cual no deja de tener un gran simbolismo también. Allí, en ese lugar había un relato, un relato fortísimo. Para mis estudiantes fue sorprendente y para muchos de ellos fue incluso repugnante. Me preguntaban, por ejemplo, “¿dónde están los inquilinos?”. “¿Dónde están los cientos de inquilinos que construyeron estas enormes casas, estas enormes murallas, dónde esta el resto de

la sociedad?”. Entonces con los chiquillos empezamos a conversar de la dificultad de que un retrato se apropie de una sola memoria, o sea, una sola memoria no es compatible con ese texto, con un futuro democrático; es una arqueología que puede llegar a ser repugnante, porque es una arqueología exclusivamente del poder omnímodo de un sector social. No es una memoria tibia, no es una nostalgia cariñosa. Es más bien una pesadilla, la pesadilla histórica de que el poder en nuestro país haya estado tan concentrado, y que hoy día pueda volver a concentrarse de esa manera.

Bueno, voy concluyendo con esta reflexión: el patrimonio es una necesidad y es un discurso, es darle un orden a la memoria, es un acto de sentido. Por supuesto que no es fácil, la mayor parte de nuestros museos no dejan de ser un desván, un espacio de depósito. Sin embargo, es una necesidad, en particular para los espacios y sociedades locales, como se dijo ayer, porque obviamente cada día deben decir quienes son, deben decirles a las visitas, pero también deben darle sentido a quienes se van, a quienes se quedan, y hoy en día también, esa otra dimensión, que tocó ayer, Antonio Arantes, cuando habló de valor de uso y valor de cambio, al hecho de darle sentido también a los productos, a las cosas que salen; denominación de origen se llama hoy día, y me parece una bonita palabra, que no es otra cosa que lo

intangible. ¿Cómo se le da un valor intangible a la cultura, a la memoria e identidades? Por eso hay que reflexionar acerca del patrimonio, sea material o inmaterial. Es un asunto complicado, que requiere reflexión y crítica, es la práctica de la reflexión de un texto, de un guión discursivo que da o no da sentido a la acción colectiva. Y es por eso que termino con la misma pregunta que uno se hace cuando va a un museo: ¿Por qué está instalado aquí este artefacto? Yo, sobre todo, siempre me pregunto por las ausencias. Gracias.

MÓNICA LACARRIEU

Licenciada en Ciencias Antropológicas con post grado en Antropología Social, doctora en Filosofía y Letras, Directora del Programa Antropología con la Cultura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

Comentarios | MÓNICA LACARRIEU

Buenos días. Ante todo agradezco la invitación al comentario de este texto de José Bengoia a quien no conocía, y sobre todo agradezco el que me ha remitido a mis lados más afectivos y subjetivos, porque habla mucho de la memoria, a pesar de que también habla de la identidad y del patrimonio.

Quería empezar contando algo que me espantó cuando me subí al avión de Lanchile viniendo hacia acá, no por Lanchile claro, sino porque justo había comprado El Clarín, que es el diario de mayor tirada de nuestro país y me encontré con una noticia que me llamó mucho la atención, que me preocupó además. La noticia decía que estaban probando una píldora que nos permitiría olvidar, sobre todo olvidar aquello traumático, aquello que es violento. Incluso hacían referencia a una película de amor, donde parece que los amantes se logran olvidar el uno del otro gracias a una pastilla. Esto parece sorprendente en el mundo contemporáneo donde parece haber una vuelta hacia el pasado, hacia esta cultura de la memoria, que es casi un culto, en contraposición con las sociedades de la modernidad que pensaban tanto en el progreso, en el futuro. Pareciera que sólo ingiriendo una píldora podríamos seleccionar qué olvidar, y ya no

qué recordar. Cuando yo era joven hacíamos todo lo contrario, comíamos manzanas para recordar cada vez más, buscábamos elementos para cómo hacíamos para memorizar lo que teníamos que decir al día siguiente en nuestras clases. Creo que, efectivamente, el texto de José Bengoa nos está obligando a pensar en los procesos de selección que operan a la hora de decidir qué vamos a visualizar, qué exponemos, qué mostramos y qué guardamos pero al mismo tiempo, qué exhibimos. Esos procesos de selección se desarrollan más complejamente que con sólo tomar una píldora.

La ponencia de alguna manera da cuenta de cómo esos procesos tienen relación y se articulan con los procesos de constitución de las identidades, en la búsqueda del quién soy, de quiénes somos y quiénes son los otros, operan procesos de selectividad de hechos, de experiencias pero también de objetos que se quieren recordar u olvidar. Procuramos, sobre todo, saber quiénes somos, ser reconocidos como sujetos y como sociedades. Efectivamente, las identidades hablan –o deberían hablar– más del llegar a ser que de lo que fuimos en ese pasado remoto. Pero para arribar a ese “llegar a ser”, se hace imprescindible trabajar con los procesos de selección de la memoria y del olvido, que tienen relación con el pasado. Trabajar significa encuadrar, ordenar, establecer límites acerca de qué recordar y qué

olvidar. Ese orden es necesario; si todo fuera posible de ser atribuido de valor, tenderíamos esa *hipermnesia*, de la cual hablaba José. En suma, se trata de la manera en que la gente construye un sentido del pasado, para dar sentido a su presente tanto a nivel individual, social y público.

Finalmente, digamos –como se ha dicho tanto en los últimos años– que las identidades aparecen en escena cuando se vuelven problemáticas, cuando entran en crisis; y pensaba sobre este punto en mi sociedad, la argentina, y en la suma de crisis por las que hemos atravesado como sujetos, como sociedad, cuestiones que en los últimos años nos han llevado individual y colectivamente a repensar quiénes somos, hacia adónde ir; a ordenar y a establecer qué recordar y qué olvidar. Esa construcción se da en el diálogo, en la interacción con otro. Recuerdo el mes de diciembre del 2001, estando con colegas, en medio del caos total, atravesados por todas las emociones, por todos esos pasados y esos presentes que nos estaban atravesando como sujetos, no sólo como sociedad. La necesidad, por un lado, de muchos argentinos, de husmear en el desván de los recuerdos de nuestros abuelos y bisabuelos que vinieron de esa Europa empobrecida. Esto nos remite, de alguna manera, al lado más subjetivo y afectivo de trabajar sobre la memoria, a la búsqueda de reconocernos

socialmente en ese hueco que nos ha quedado entre lo que se eliminó (lo indígena, lo afro, lo popular, la gente del interior). Cómo llenar ese hueco desde el presente, ordenando los objetos desde las partidas de nacimiento de nuestros bisabuelos, de nuestros abuelos. Yo tengo un plato de mi bisabuela, por ejemplo, que apareció de golpe, en los últimos años, a raíz justamente de que todos empezamos a buscar nuestras raíces. Y en la familia empezó a circular la idea de que ese plato correspondía a la fábrica que tenían los padres de mi bisabuela en la Normandía francesa, y a todos nos quedó la inquietud, la fábula, la leyenda, y además el cambio de la versión de la historia, porque hasta ese momento en la familia lo que había circulado era que la bisabuela era una especie de puta; que se había casado con muchos maridos, dos franceses y un italiano. Entonces, de golpe, apareció una historia diferente, más oficial, más legítima para toda la familia.

[98]

Esta selección de la memoria no la hacemos sólo como sujetos, en términos de nuestras familias, sino también en relación al contexto. El año 2002, cuando muchos jóvenes en la Argentina decidieron irse a Barcelona, todos empezaron a buscar, a ver qué partida de nacimiento había del abuelo, bisabuelo o tatarabuelo, que sirviera para conseguir la ciudadanía italiana, por ejemplo.

Me parece que la forma de ordenar y seleccionar los recuerdos y los objetos tiene relación con la necesidad de construir un relato desde lo individual y familiar, esa especie de ilusión biográfica de la que hablaba Pierre Bordieu, a partir de la cual encontremos el rumbo, la ruta de nuestras vidas, normalmente hilvanada sobre la base de hechos significativos que tienden a elaborar un relato lineal, sin disonancias y generalmente manipulable o instrumental a un discurso de la identidad reconocible públicamente. Y reconocer públicamente significa corporizar esos sentidos del pasado en los llamados vehículos de la memoria. Por ejemplo, en el Museo de la Inmigración, que se abrió hace tres o cuatro años en Buenos Aires, se ha tratado de contribuir al fortalecimiento de una memoria hegemónica; y de esto también hay que hablar: de las memorias hegemónicas y las memorias disidentes. Justamente, el patrimonio yo creo que alude a ese grado extremo de institucionalización, sobre la base de un relato de identidad legitimado por quienes operan en la selección. Pero las memorias también entran en conflicto, porque no hay una única interpretación y representación del pasado, porque el pasado no está ahí para ser tomado, sino que debe ser articulado para constituirse en memoria allí, desde la fisura que se abre entre experimentar un evento y recordarlo a través de su representación. Bastará con pensar en las abuelas de Plaza de Mayo, pugnando

por definir y dar sentido a sus interpretaciones y representaciones de ese pasado reciente, a su vez en disputa con otras versiones; las de quienes no pertenecen a estos organismos de derechos humanos. También las abuelas han necesitado ordenar y seleccionar hechos, símbolos y objetos para dar coherencia a un discurso sobre la memoria. Esto se ha hecho mediante la construcción de relatos de vidas familiares, vehiculizados mediante un archivo, desde el cual se procura establecer la identidad del desaparecido. Esto parece a veces paradójico, contradictorio, “identidad del desaparecido”, fundamentalmente pensando en los hijos, a quienes hay que darles una identidad, incluso judicialmente. En la lucha por esta memoria hay una tensión entre el Estado y la sociedad, que durante años, ya sea a través del campo judicial o del campo político, en su sentido más amplio, silenció, o recortó un orden conveniente a otros sectores y que hoy se está procurando redefinir con mucho conflicto.

Entonces, como dice José, en la actualidad el discurso sobre el patrimonio y la identidad nacional parece caerse a pedazos... y ahí me quedo suspenso, porque en Argentina, después de la crisis del 2001, volvimos a preguntarnos si efectivamente se cae, cuando los dirigentes comenzaron a hablar de la refundación de la nacional, que fue el caballito de batalla durante el año

2002 y el 2003. Como una búsqueda persistente de ese núcleo duro de la argentinidad, vuelve ese discurso de la patria, con San Martín y el caballo blanco. Pero es evidente que, en términos generales, hay una caída frente a la multiplicación de memorias que emergen reivindicando su derecho a ser reconocidas.

Recientemente, el ministro de Educación, en Neuquén, que es una provincia al sur de nuestro país, en una reunión de ministros, expresó la tensión, que yo creo define a estos tiempos, sobre todo en Argentina, respecto de los temas que aquí estamos tratando. El ministro de Neuquén dijo: “yo creo que la diversidad cultural hay que aceptarla, yo tengo a los mapuches que me reclaman todos los días identidad. Eso sí, de las naciones mapuches ni hablar, eso es otra cosa”, como diciendo: podemos llegar hasta el reconocimiento de la diferencia de la identidad, pero no me pidan identidades nacionales particulares. Esto creo que tiene bastante que ver con lo que decía José Bengoa hace un rato, respecto de que una sola memoria no parece ser compatible con la democracia. Pero aun así, parece que la democracia –o quienes manejan la democracia– se resisten a que haya más memorias diversas.

En torno a los temas de la memoria, la identidad y el patrimonio, yo resaltaría dos que a mi entender atraviesan

muy particularmente esta problemática: el primero, uno de los procesos de selección y la legitimación de un orden de la memoria y de la identidad. El segundo, la institucionalización de un discurso sobre la memoria y la identidad que suele vehiculizarse a través de objetos patrimoniales, museos, archivos, bibliotecas; y que tiende a ocultar otras memorias, otras identidades y otros patrimonios. Me parece que este punto es central para los que ahora están gestionando en museos, archivos, bibliotecas, institutos del patrimonio, centros culturales etcétera.

Muchas gracias y espero que esto sirva a la reflexión y al debate.

Diálogo con el público

PÚBLICO

Lo valórico, en nuestras sociedades del cono sur, ¿está en una etapa de crisis, o se puede pensar que está apareciendo una nueva categorización de identidad?

MÓNICA LACARRIEU

¡Que complicado! Lo que pasa es que habría que preguntarse primero si estamos en crisis. Eso es algo que nos venimos preguntando los argentinos, por lo menos desde el año 2001. Cuando empezamos a hablar de la crisis, comenzaron a salir montones de publicaciones de ciencias sociales preguntándonos si, efectivamente, esto es así. Estamos en un proceso de transformación, no sé si hablaría de crisis – yo puedo hablar de Argentina solamente-. Me parece que, al contrario, tratamos de seguir fortaleciendo esa identidad nacional que se nos ha impuesto desde fines del siglo XIX, y que no hay mucha posibilidad de cambios, por lo menos por ahora. Creo que muchos de los que uno supone son cambios, son muchas de esas cosas que vienen desde el discurso globalizado acerca de la diversidad cultural. De alguna manera hay que aceptar esa diversidad cultural, pero de ahí a una transformación de nuestros procesos identitarios, creo que falta un poco todavía, por lo menos en Argentina.

PÚBLICO

El informe del PNUD respecto de la identidad en Chile, nos habla de la frágil y fragmentada memoria e identidad colectiva de los chilenos. ¿Cuál es el discurso sobre la identidad más pertinente, hoy, para tender a construir un futuro compartido? ¿Cuál es el discurso de lo patrimonial que usted sugiere, por ejemplo, para Valparaíso, una ciudad que se debate eternamente por encontrar el punto de fuga para construir un proyecto coherente?

JOSÉ BENGOA

Son dos cosas distintas; primero lo del PNUD y segundo, lo de Valparaíso.

Efectivamente, el PNUD, en su informe sobre cultura e identidad en Chile, llega a la conclusión de que hay una erosión en este ámbito del discurso de la identidad de lo chileno, de lo nacional, del discurso único que yo llamaba ritualizado o mitificado. Hemos estudiado desde Arica a Chiloé distintos grupos etéreos y pensamos, en términos hipotéticos, que entre los sectores de clase media, en la comuna de San Miguel –y por eso hicimos un estudio allí– encontraríamos el menor grado de erosión a ese discurso. Pero encontramos en esa clase media una enorme nostalgia. En Arica y otros lugares, la erosión de estos conceptos, que es muy fuerte, se

expresa contra el centralismo de Santiago, por ejemplo. Y en grupos de jóvenes, donde la erosión llega a niveles enormes, la simbólica de la nación está completamente erosionada. Yo tengo la impresión –y esto es una discusión mucho más técnica– de que el PNUD en su informe confundió algunas cosas. Por eso hice con mucha fuerza la distinción entre protoidentidad e identidad. Al decir que hay una erosión de estos valores, de este tipo simbólica, se puede pensar que hay una erosión también de los elementos culturales más comunes y nacionales del país y eso no es así, para nada. Hay que ser cuidadoso en términos de especificar cuáles son los aspectos que están en proceso de erosión y cuáles no.

Ahora, respecto de tu pregunta sobre Valparaíso, me parece fascinante, pero no me atrevo a dar ninguna receta aquí, no es el lugar, pero la sola posibilidad de que se levante una memoria de una ciudad, esa sola posibilidad ya abre un campo gigantesco y maravilloso. Las ideas ahí sobran, pero un tema relevante es el de la participación democrática; cómo tú recuperas una ciudad, cómo recuperas el conjunto de memorias porteñas, sin encasillarlo, o institucionalizarlo en un estereotipo.

PÚBLICO

Hay una distinción patente entre memoria e historia,

¿cuál es el rol de los historiadores en la construcción de sentido?

MÓNICA LACARRIEU

Soy antropóloga, no historiadora. En ese sentido, creo que tengo más que ver con la memoria que con la historia, pero creo que la historia es como el orden organizado, hecho desde la academia, desde los especialistas; utilizado luego por el poder que decide legitimar determinada historia oficial, como la que tiene que ver con la identidad nacional. La memoria parece que tiene que ver con historias más subterráneas, más colectivas, y más subversivas en algún punto.

JOSÉ BENGOA

Los que trabajan en estas materias, o los que quieren trabajar en ellas, son justamente los que tratan de ordenar un texto. Y escribir un texto es, justamente, hacer historia en ese sentido.

MÓNICA LACARRIEU

Pero no sólo los historiadores construyen sentido, los antropólogos también han sabido construir sentido, como en el caso de los indígenas, esos grupos

supuestamente subalternos. Y es eso, justamente, lo que se nos reclama en estos momentos.